



Anécdota muy interesante ocurrida en las Cataratas del Iguazú.

“Vicente Antonio Matiauda”

En 1818 Vicente Antonio Matiauda, de nacionalidad paraguaya, nacido en Yuti, departamento de Itapúa, era el encargado del obraje de Arrayagaray y Cía. Empezó siendo hachero y gracias a su laboriosidad y espíritu emprendedor, llegó con el tiempo a tener una posición desahogada. Trabajó en el Alto Paraná durante 50 años.

En el lado argentino se desempeñó como encargado de obraje en las tierras próximas a las Cataratas del Iguazú, en la época que se construyó el Hotel de turismo en las Cataratas, obra del Ingeniero Olaf Hansen y lo hizo también en Puerto Bemberg (hoy Pto. Libertad), en Puerto Bosetti y en otros lugares que en aquellos tiempos eran montes vírgenes sin ninguna población.

En el Brasil trabajó en el Estado de Santa Catarina y Paraná, siempre dedicándose a la explotación de montes.

En el lado paraguayo fundó varios puertos, y uno de ellos, Puerto Presidente Franco, es hoy uno de los más importantes del Departamento del Alto Paraná.

Sobre su conducto en el desempeño de sus tareas, las opiniones están divididas. Sus detractores dicen que cometió actos arbitrarios y de violencia, en cambio los que lo defienden argumentan que le tocó actuar en una época en que entre el personal había muchos elementos discolos y pependencieros, que en algunas oportunidades lo obligaron a tomarse la justicia por las manos, al no haber en el monte autoridades ni policías. De lo que no hay dudas es que poseía grandes condiciones de mando y criterio práctico para



organizar los trabajos de obraje. Se cuenta que en un momento tuvo 3000 peones a sus órdenes., en las distintas explotaciones a cargo.

Estando al frente del obraje de los Arrayagaray, se le presentó un año con un invierno muy lluvioso, que dejó intransitable la picada que se utilizaba para trasladar la madera de los montes situados en el río Iguazú, arriba de las cataratas, hasta un puesto del mismo río, situado debajo de los saltos. En estas condiciones, no quedaba otra solución que esperar que se quedara el camino, lo que ocasionaba un gran retraso en el envío de la madera y su consiguiente cobro. Entonces se le ocurrió una idea, considerada una verdadera locura: largar la madera por la Garganta del Diablo.

Le preguntó a Hansen, que era el administrador, si cuando caían animales salvajes tatetos (pecarí), antas, etc. por la garganta, quedaban muy golpeados por las piedras. Hansen le contestó que no presentaban lesiones muriendo ahogados por el chapuzón.

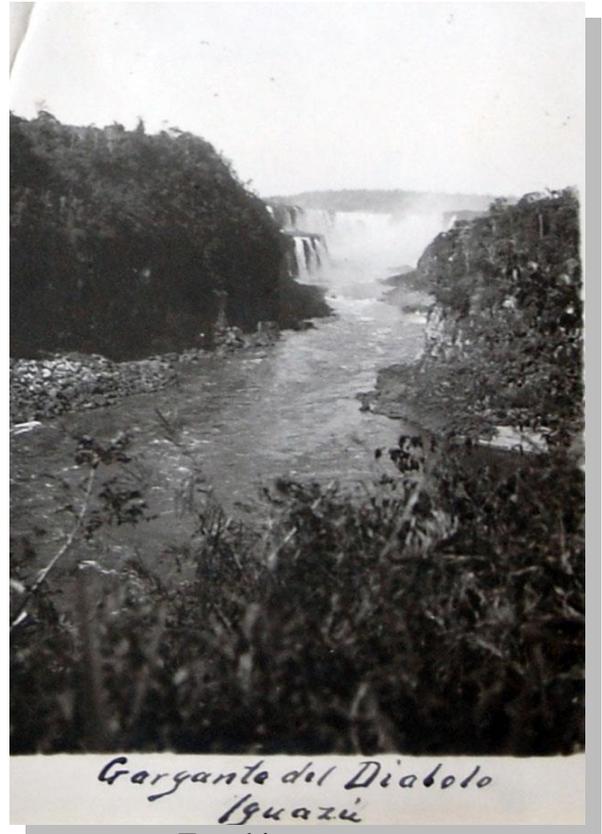


Foto histamar.com



Matiauda estudió cuidadosamente las características del río Iguazú, su impetuosa corriente y la elevada altura de los saltos, haciendo pruebas con rollos sueltos, llegando a la conclusión de que podía tener éxito su cometido, el que se vería favorecido por el gran caudal de agua que arrastraba el río en ese momento, a causa de las grandes lluvias, lo que al hacer más hondo el lugar de la caída de los rollos, amortiguaría el golpe de estos, desde la enorme altura, calculada en alrededor de 80 metros.

Debido a que los patrones del obraje estaban en Buenos Aires, no les pudo solicitar permiso para largar 1200 rollos de cedro, que habían cortado arriba de los saltos, decidiendo hacerlo por su cuenta y riesgo. Para realizar la tarea, trasladó arriba de las cataratas, por la embarrada picada a la lancha Estela, propiedad de la empresa, en un carro que se usa en los obrajes, para trasladar rollos, llamado cachapé.

Empezó por juntar toda la madera en el Puerto Arazá (guayaba), en costa argentina y como primera medida, probó hasta donde podía navegar con la pequeña lancha a vapor, sobre la imponente cabecera de las Cataratas del Iguazú, sin riesgo de que la arrastrara la fuerza de la corriente. A partir de este lugar, ató a un grueso árbol de la costa un largo cable de acero, que luego al hacer el viaje con los rollos de cedro, aseguró el otro extremo a la popa de la lancha, para poder avanzar más por el río, haciendo la exacta conducción de la madera, sin correr peligro la vida de los tripulantes ya que, en el caso de una mala maniobra, o si por cualquier motivo se detuviera el motor de la embarcación, al estar ésta sujeta por el cable al árbol, no se precipitaría al abismo. Acompañado por el conductor de la Estela, un hombre corajudo y gran conocedor del río, transportó la primera



partida de veinte rollos de cedro, hasta las proximidades del Salto Unión, donde los largaron y vieron desaparecer en las estrepitosas aguas.

Dando por terminada esta primera tarea, regresaron a las tranquilas aguas del puerto, y después don Vicente y el motorista, fueron por la picada al otro lado del río, debajo de los saltos, donde encontraron la jangadilla intacta. Parecía un milagro.



Foto Histamar.com

Contentos por el éxito, volvieron y realizaron otros 59 riesgosos viajes más, para terminar de despachar todos los rollos de cedro.

Debe de haber sido un espectáculo extraordinario ver caer la madera de tanta altura, arrastrada por el agua que se precipitaba con aturdidor estruendo, levantando montañas de espuma. A gran distancia de las Cataratas, en un remanso del río Iguazú, llamado Macuco, se recogieron los rollos que daban fin a su fantástico viaje.

El día que se dio por terminada la tarea, se comprobó que de las 1200 piezas de cedro que se largaron por la Garganta del



Diablo, arribaron 1191, por lo que se consideró que la operación fue todo un éxito, al perderse solamente 9 rollos. La noticia de esta hazaña sin precedentes, conmovió a todo Puerto Aguirre (hoy Puerto Iguazú), y cuando regresaron los dueños del obraje, felicitaron a su audaz encargado. No cabe ninguna duda de que fue un episodio espectacular, digno de perpetuarse y un gran triunfo de la audacia.

Gobierno Dr. Claudio Raúl Filippa
Dirección María Esther Rolón
Fuente: Libro Iveraretá
De Julio Núñez, hijo de Pedro Núñez.